

EL MISTERIO DE LA VIDA

por Néstor Tato

Lo único incuestionable de la experiencia y su base y punto de partida, es que *estoy* en el mundo.

Sin embargo, el mundo *es* en mí.

Cómo es éso, es lo misterioso de la vida. Lo nublado, velado, oculto. Descubrirlo es la tarea, el sentido del Camino.

Es, también, el origen y naturaleza del sufrimiento.

El mundo es su fuente, tampoco hay duda de eso. No quiero sufrir y no sufriría si el mundo no me frustrara.

Las pérdidas me desgarran. Sea porque se van -de tantas maneras, aún teniéndolas- o porque no las alcanzo, me desgarran. Se llevan algo de mí.

Eso, porque *son* en mí. Por eso, se van y me desgarran.

Es que eso que *creo* que son, es mi ser. Ellas son mi ser, son en mi ser, y siendo ellas, soy *en* ellas. A través de las sensaciones que las constituyen las vivo. Al vivirlas, soy las cosas. Ellas provocan mi ser.

Vivir es vivir el mundo porque vivo *en* el mundo. No tengo otra alternativa. Y ese vivir es mi ser.

O sea que en el mundo encuentro mi ser, pero ¿cómo?

Mi estar en el mundo siendo es un estar lanzado hacia el mundo.

Claro que el lanzado no soy yo. Es la conciencia la que está lanzada, objeto tras objeto, al ir constituyéndolos. Va dándoles *realidad*, que es su estado de ser cosas.

El mundo se presenta múltiple y diverso y la conciencia puede figurarse como una lanzadera de actos, intenciones que vertebran y movilizan acciones del cuerpo, orientándolo en su movimiento en el mundo para su propia conservación.

Cada intención implica una carga de sentido que aporta la base para la configuración del “objeto”, que no es una cosa diferenciada sino un *aspecto o perspectiva* de una situación.

Esa intención se manifiesta en una representación y su carga de sentido, lo que *siento* ante ella. Podría decirse que la estructura acto-objeto es, en lo vivencial, lo que represento y el sentimiento que despierta.

El sentimiento y la representación se configuran en base a sensaciones, a la materia perceptual tanto externa como interna, que aportan los sentidos. Como tales, las sensaciones no son perceptibles dado que lo que se manifiestan son complejos sensoriales, el *percepto*, al que coloquialmente nos referimos como *percepción*. En esos complejos sensoriales las sensaciones pueden ser reconocidas por análisis o sea, abstracción, por representación de perspectivas determinadas por el interés del observador que se conceptualizan y clasifican.

Así, la realidad no es más que un complejo de representaciones configuradas en base al material de sentidos externos pero principalmente, del sentido interno, que es el que aporta el sentido que moviliza al cuerpo. En esos complejos internos hay imágenes imperceptibles que se emplazan en las zonas corporales comprometidas por lo representado. Son los “hilos de titiritero” que mueven al cuerpo obedeciendo el mandato de imágenes que pueden estar o no en el campo de presencia. Cuando no lo están se encuentran en la zona de experiencia que fue llamada “subconsciente” o “inconciente”. Se trata de imágenes que operan sin ser percibidas.

El famoso “culatazo” de Ortega, “el yo” que para nuestra Psicología es “sumatoria de sensaciones y memoria” que coordina nuestro comportamiento, está compuesto por estas imágenes no percibidas. Lo que *de mí* siento, las sensaciones que dan cuenta de que estoy en el momento que percibo, son la punta de un “iceberg” sensorial. De ahí que sea posible el despliegue de conductas mecanizadas que ahorran tiempo y energía porque no necesito pensarlas. Pero también, facilita que haya “disparos” conductuales que escapen a mi control y me desconcierten.

Esta masa sensorial no es uniforme ni unitaria. Corresponde a los “códigos” de sensación que configuran los objetos, las situaciones del mundo. Y cada uno de esos códigos está configurado con la sensación interna de referencia a mí. Cada situación, cada objeto, porta algo de mí: la sensación que me produce y la sensación que produce mi respuesta.

Ése es el hilo misterioso que me permite recuperar los recuerdos cuando la representación visual o conceptual se escinde del complejo sensorial (imaginario también). Mediante la evocación, a partir de esa sensación innominada imposible de asociar con algo, la memoria entrega la imagen visual.

De ese modo siento que “me devuelve” a mí mismo, recupero algo de mí en esa experiencia.

Del mismo modo, cuando pierdo materialmente un objeto o se frustra una situación, también queda allí algo de mí y sobreviene el desgarró.

De ahí que la preservación de la unidad interna dependa, desde un punto de vista, del reconocimiento que pueda hacer de mí y de esos “pedazos” que me integran, haciendo de él una herramienta poderosa de reconciliación.

Reconocer lo que de mí hay en el enemigo es recuperar la vivencia de lo que hice para que una situación se armara y resultara en el daño que padezco o causé. Ese reconocimiento es una operación intelectual pero trabaja sobre materia sensorial de modo que si no resulta en la recuperación de la vivencia, de la masa de sensaciones que operaron en el momento o proceso de que se trate, no hay integración. “El yo” no se completa, no recupera el pedazo que le falta. Y mientras eso suceda, protestará, será víctima de la ira que produce el dolor por el desgarró, convirtiéndome en victimario de aquellos en quienes reconozca aquello que me falta o niego.

Cuando la recuperación de la vivencia se produce completa, esto es, con la masa de sensación interna correspondiente, siento que “me completo”. Se modifica mi punto de vista, mi emplazamiento en la situación. La emergencia de la imagen visual *con* la masa de sensaciones internas que le corresponde produce una reacomodación en mi mirada, en la masa de complejos imaginarios (visiones y sensaciones) que la integra. Recupero mi individualidad con mi integridad, y “se suelta” aquéllo que causó el dolor. Éste comienza a diluirse en la nueva masa de sensaciones internas que comienzan a circular integrando los circuitos imaginarios internos (insisto, tanto representaciones como sensaciones y climas.

La integración conseguida se vivencia como unificación interna. Yo cambio, el mundo cambia, mi perspectiva se profundiza porque mi emplazamiento -el del punto de mira que soy, en el eje que alinea el mundo que percibo conmigo como observador- gana en profundidad y con ello, en amplitud del paisaje. Lo interno se integra con lo externo y se restaura *de manera efectiva* el horizonte de lo profundo, en la experiencia.

Entonces, fluyo con el mundo que ya no es lo que me rodea materialmente sino su posibilidad, que es la mía y la de la humanidad que es a través mía.

Buenos Aires, octubre 7/8 de 2017